

El fin de semana pasada, después de mucho de-searlo, finalmente se nos presentó la oportunidad de visitar Canaima, sin duda uno de los paisajes más bellos de Venezuela y del mundo. Frente al espectáculo majestuoso de montañas rocosas que se levantan hacia el azul perenne de la cúpula ora en forma de castillos medievales ora en forma de cañones para defender la fortaleza; del río Carraco que interrumpe a menudo su deslizamiento serpentino por el valle multicolor y cambiante precipitándose de altas pendientes y formando cascadas ruidosas en cuyos pies la espuma blanca del agua se confunde con el arco iris que une la tierra al cielo; de la selva intrincada que esconde con celosa precaución a sus animales silvestres que jamás le muestran al visitante ni huellas ni hermosura de sus esbeltas figuras, a excepción de las guacamayas chillonas que gustan pavonearse sobre los copetes para lucirse con los colores brillantes de sus plumas con prevalencia de verde; de las aldeas de churutas y cabañas de bahareque en las cuales el indio pemón con la paciencia del bíblico Job teje tiritas de paja para crear formas de cestas u objetos de adorno, o esculpe con maestría incomparable la varilla que cortara del árbol centenario; frente a ese espectáculo el corazón sonríe

## OPINION

### CANAIMA LA BELLA

por Michele Castelli

de alegría y el alma se embriaga a la manera del hermitaño cuando en la contemplación del rayo que lo ilumina siente alrededor la presencia de dios. Hay que visitar Canaima para sentir, como el Marcos Vargas de Gallegos, que la grandeza de la selva está precisamente en esa repetición obsesiva de un motivo único. "¡Arboles, árboles, árboles! Una sola bóveda verde sobre miriadas de columnas afelpadas de musgos, tiñosas de líquenes, cubiertas de parásitos y trepadoras, trenzadas y estranguladas por bejucos tan gruesos como troncos de árboles. ¡Barreras de árboles, murallas de árboles, macizos de árboles! Siglos perennes desde la raíz hasta los copos, fuerzas descomunales en la absoluta inmovilidad aparente, torrentes de savia corriendo

en silencio. Verdes abismos callados... Bejucos, marañas... ¡Arboles! ¡Arboles!". Hay que visitar Canaima para extasiarse frente a los "innumerables ríos de ignotas fuentes que la atraviesan sin regarla", en cuyas orillas el indio acurrucado espera el pez desprevenido que tarde o temprano caerá en la trampa de su ingeniosa nasa. Hay que visitar Canaima... A riesgo de enfurecerse con el canario - que no el pájaro cantarín que también abunda en la selva, sino el de España - que en un alarde de irritante fanfarronada desembucha en presencia del cliente de su tienda de "souvenirs" las artimañas que le permitieron enriquecerse a costa del pemón que le proporciona la mayor cantidad de piezas artesanales. Hay que visitar Canaima... A riesgo de irritarse por el abuso de los organizadores de "tours" que nada - o muy poco - le dejan al indio que acompaña la excursión por esos parajes maravillosos como la isla de la Orquídea, o el salto El Sapo, o el Pozo de la Felicidad. Hay que visitar Canaima... A riesgo de enfadarse con los dueños del Campamento, que no invierten un solo céntimo de sus jugosas ganancias para hacer más placentera la estancia de los turistas, que cada día llegan más numerosos de acá, y de todas partes del mundo.